

# Instantaneous



SRTA. GARCÍA RUBIO

Distinguida tiple en la ópera «La Bohème».

Srta. García Rubio.

Hace dos años comenzó su carrera en el *Príncipe Alfonso*, después de terminar brillantemente en Milán los estudios que aquí empezó. De allí pasó á Lisboa, viniendo luego al *Moderno*, desde donde marchó á Oporto. En todos estos teatros fué ovacionada, y en la última temporada del *Príncipe Alfonso* cantó *La Bohème*, que le valió infinidad de aplausos.

La prensa toda de los países en que ha cantado, ha elogiado sus extraordinarios méritos; y la prueba de que éstos son muchos es que este año ha conquistado un puesto en el Teatro Real. Es muy joven aún, casi una niña, y por todo esto es lógico adivinar para ella un porvenir envidiable.



VIGO: Barrió de pescadores (Muelle).



# Instantáneas



DIRECTOR: M. SALVI



OFICINAS: CLAVEL, 1, MADRID



*María Sargui.*

## RECONCILIACION

—¡Otra vez aquí! ¿Qué quieres?  
Jesusa, ¿quién t'autoriza  
pa venir aquí á buscarme  
toas las noches á hora fija?  
¿No te he dicho en más de cuatro  
ocasiones, que mi *invita*  
que vengas á la taberna  
á interrumpir la partida,  
que diariamente echamos  
yo, el Lepe, el Melo y el Lila,

que queremos osequiarnos  
con una ronda de tintas,  
sin meternos con ninguno  
ni armar bronca y tremolina?  
¿No te he dicho claramente  
que hay cosas que á uno deznigran,  
y rebaja mucho á hombre  
que alterna, si su costilla  
viene á un establecimiento,  
centro de personas diznas,

y arma bronca á su marido,  
que como yo tié pupila,  
y no le importa gastarse  
siete, ú nueve peras chicas  
con los amigos que tienen  
córnea y palabra fina?  
Conque, déjame, Jesusa,  
y márchate pa casita,  
que yo iré en cuanto que acabe  
de jugar esta partida;  
porque soy hombre cabal,  
y no quiero que me digan  
que abandono á los amigos  
en las ocasiones críticas.

—¿Has acabao, Sinforianito?  
Pues permite que te diga  
que no tiés lacha, ni cutís,  
que eres un alma perdía,  
un sinvergüenza, un panoli,  
y un primavera, y un lila;  
porque á los cincuenta y pico  
de años, que ya tiés encima,  
te están tomando por primo  
esa cuadrilla de píras,  
y te sacan los reñeos  
y gozan á tus costillas.

—¡Arza pa casa!

—¡Te veo!

—¿Que no?

—Porque tú lo digas.

—¡Por eso!

—Tiés mucha gracia

—¡Que te doy!...

—¿Qué has de dar? ¡Risa!

—Lo que te daré muy pronto  
será algún pie de paliza,  
y un trompis en el... reverso  
pa que en más de treinta días  
no puás sentarte.

—¡Gacholi!

Si pareces un tranvía  
eléctrico, porque llevan  
siempre el palo para arriba,  
pero que nunca lo bajan.  
—No me vengas con guasitas,  
que yo le bajo y te doy  
dos golpes en la barriga,  
y voy á abrirte un boquete  
por donde quepa el tranvía,  
con el *tró i*, el conductor,  
el *guázman* y su familia.  
Con que, ¡ahueca!

—Bien, me iré;

pero no porque lo digas,  
sino porque me ha salido  
de mi propia iniciativa.  
Pero antes dame el jornal,  
que es sábado.

—Eso querrías,

mas te he visto de venir,  
y digo que no hay tu tía;  
porque te conozco bien  
y ya sé del pie que pisas,  
y serás capaz de irte  
en *cá de* la Basilisa,  
que es tan desahogá pa todo  
como tú, y las dos unidas  
sus marcharais de seguro

á la tasca de la Rita,  
y os comeráis dos raciones  
de callos ó de judías,  
y os pondráis más beodas  
que las cepas de una viña.

Y luego, pago yo solo  
los vidrios de esa combina;  
porque cuando llego al nido  
nucial, pasa muchos días,  
que al ir á estampar un ósculo  
amoroso en tus mejillas,  
huelas á vino que apestas,  
y tiras patas arriba  
al que se arrima á tu lado,  
si estás con la papalina.

—Y tú, ¿no vienes también,  
ó te traen en la camilla,  
con tus merluzas chipendis  
que pescas todos los días,  
y no te he dicho dos frases  
faltanas entodavía?

Pues, entonces, porque yo  
me encuentre desfalecida  
alguna vez y me vaya  
á casa de las amigas,  
y tome algún alimento,  
y haga uso de la bebida,  
no es cuestión de echarlo en cara  
diez veces todos los días:  
porque no lo hago por vicio  
como tú: es porque me obliga  
el estérico nervioso,  
que sabes que me fastidia.

—Bueno; si yo ya comprendo  
que no eres una perdía  
y que no hay hembra en el mundo  
incólume; pero mira:  
¿No te parece más propio,  
que en lugar de dos partidas  
formemos una tan solo  
para ir en *cá de* la R ta,  
y allí, en amor y compañía,  
tomarnos lo que nos pida  
el cuerpo, y después nos vamos  
juntos á nuestra casita,  
á meternos en el lecho  
nucial hasta el otro día,  
contrarrestando el efecto  
del trabajo... y la bebida?

—No discurras mal del todo

—Anda, leñe! ¿Qué creías?

¿Acetas?

—Por complacerte.

—Pues, andando.

—Donde digas.

Hoy estoy por darte gusto.

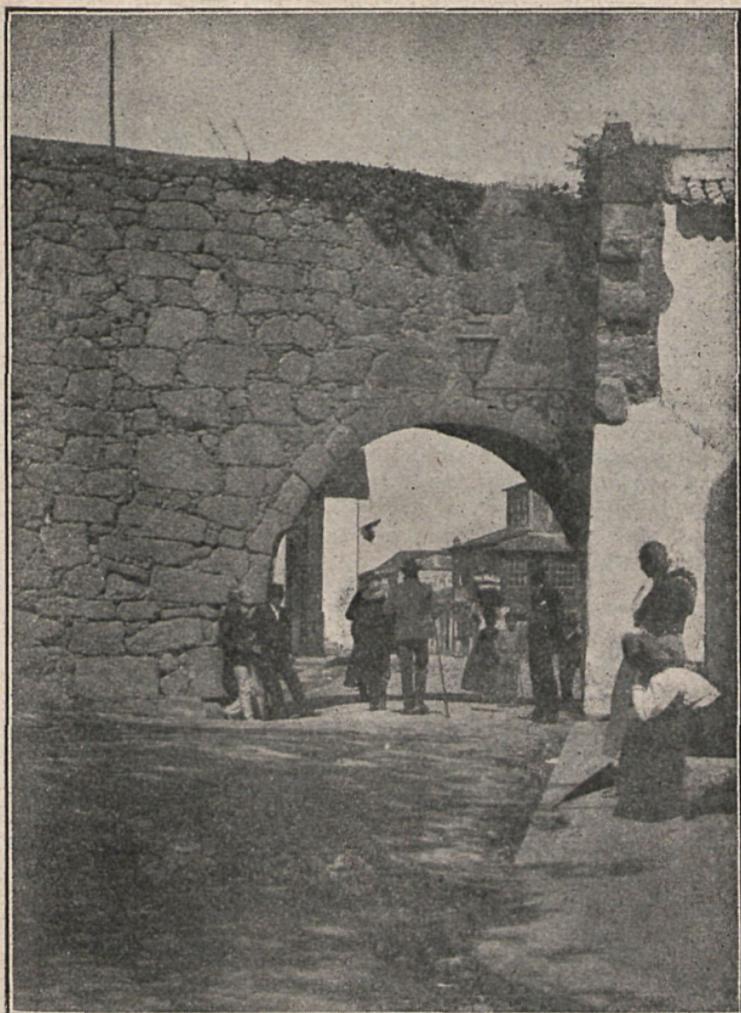
—¡Qué matrimonio!

—¡La envidia!

—Te ha tocao en suerte un hombre  
con vergüenza y con pupila.

—Y á tí una hembra de gobierno,  
hacendosa, seria y dizna.

*Mil matrimonios como éste  
hay en la heroica villa.*



OPORTO: Arco de la calle Azebedo Magalhaes.  
Inst. de D'araujo.

## Nuestro número almanaque.

1900

*Dentro de pocos días se pondrá á la venta el Album del año de INSTANTÁNEAS, que será un verdadero acontecimiento literario y artístico.*

*Nuestro número almanaque irá tirado á todo lujo en papel couché y constará de más de 60 páginas, iluminadas por los artistas más notables.*

*La portada y varias láminas del Album del año de INSTANTÁNEAS irán tiradas en tricolor, y las demás páginas impresas con tintas de varios colores.*

*La parte literaria de nuestro Album del año no desmerecerá de la artística. En ella colaboran todas las primeras actrices de los teatros de Madrid y los literatos y hombres de ciencia más distinguidos, han hecho preciosos artículos y poesías para este número.*

*Apesar de los grandes desembolsos y sacrificios que ha hecho la empresa de INSTANTÁNEAS para confeccionar este Almanaque, que seguramente merecerá la atención del público, y como no se propone ningún fin lucrativo y sólo aspira á complacer á los lectores, el Album del año de INSTANTÁNEAS no costará más que*

**UNA PESETA**

*Como son muy numerosos los pedidos que nos han hecho de este número, rogamos á nuestros corresponsales y vendedores que determinen cuanto antes el número de ejemplares que desean se les remitir, antes de que nos veamos obligados á no servir los pedidos por falta de ejemplares.*



## DETRÁS DE «EL GORDO»

Aquí del socorrido proverbio *Hombre prevenido, vale por dos*. En estos días cercanos á Navidad, no hay español que no le dé vueltas y más vueltas á las precauciones, medidas, etc., etc., *por si* le toca la lotería.

—Pues yo, lo primero que hago es plantarle cuatro *frescos* al casero—dice un inquilino que no paga.

—Yo—añade un escribiente,—en cuanto vea mi número en la lista oficial, ¡pum!...

—¿Cómo ¡pum!? ¿Se pega usted un tiro?

—¡Cá, hombre!... Digo ¡pum!... porque le doy dos *tortas* al jefe de negociado!... ¡Le tengo unas ganas!...

Y, generalmente, las precauciones que se toman es reventar al superior, sea jefe de negociado, ó casero ó cabo de la guardia civil.

En cambio, las mujeres demuestran tener mejores sentimientos.

—Como me toque el gordo—decía noches atrás una modista—le compro á mi novio una capa verde... Y luego le digo que se las *guille*... Porque, ya ves, si me tocan seis mil duros, ¿cómo me caso yo con un zapatero?... ¡Pá chasco!

Otras hay que ni siquiera se acuerdan del novio, y sueñan con el dinero para aviarse ellas solas.

—Lo que es á mí, no había de faltarme mi abono al Real, ni mi aderezo de brillantes, ni mi vestido de terciopelo. Voy á ir hecha una Réjane... lo verás. Y ese *presumidillo capitán de artillería* se queda *asperjes*. Y me pondré muy lejos de él... Ya lo verá, ya lo verá...

—Pues lo que es como te pongas lejos, ya estás aviada.

—¿Por qué?

—Toma... ¡Porque no ve á tres sobre un burro!...

—Bueno... ¡Ah, oye!... Y además me compro una capa de pieles blancas para todos los días... Conmigo no se pone moños la Esquilache...

Es decir, que hay niña que sería capaz de gastarse los doce millones en doce horas. Al revés de un *golfo* á quien compro todas las noches el *Heraldo*.

—Oye—le dije.—¿Tú qué harías si te tocara *el gordo*?

—¿Yo?—repuso.—Comprar una cajetilla Susini... ¡Debe de ser un tabaco *súper!*...

\*  
\*\*

Á Fulanita de Tal:

«¿Quieres que yo te cuente lo que haría  
si, afortunadamente,

me llegara á tocar la lotería?

¿Tú quieres, de verdad, que te lo cuente?

Pues oye, vida mía.

Lo primero de todo, lo primero,  
era pedir dinero anticipado  
para marcharme después al extranjero  
en un soberbio coche reservado...

para estarme de viaje un año entero.

Después, compro una quinta allá en Granada,  
adquiero una soberbia biblioteca,

y en lugar de esa vida desastrada

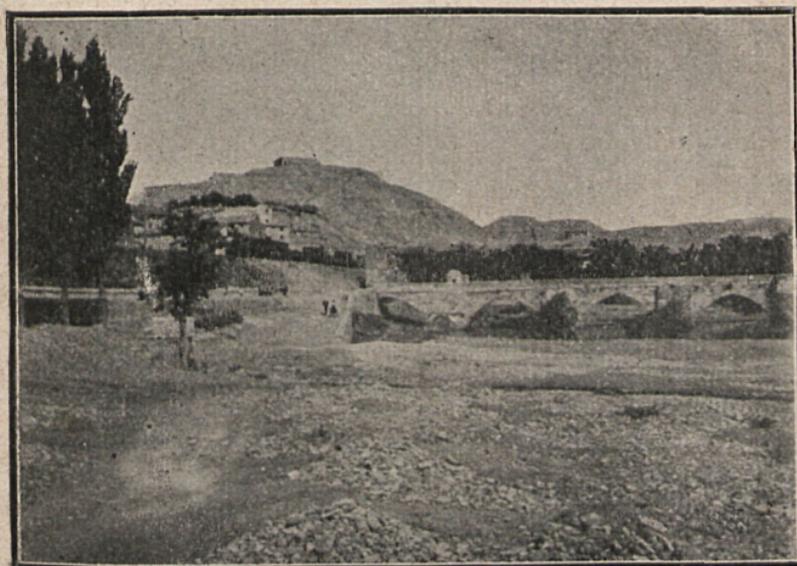
de la ceca á la meca,



SORIA: Escena de caza.

t. S. Torres.

llevar un año vida sosegada.  
Otro año lo dedico á la poesía;  
recorro las ciudades venecianas,  
los campos de la hermosa Andalucía,  
y las playas de Grecia, y las cubanas...  
yme vuelvo á mi quinta al otro día.  
Luego, á aprender idiomas. Saber quiero  
el francés y el inglés de carretilla,  
como cuadra á un perfecto caballero.  
Para aprender *caló* me iré á Sevilla



NAVARRA—(TUDELA): Fuerte de Santa Bárbara.

Inst de N. Salinas.

á que me dé lecciones un torero.  
Después, como yo aspiro en las reuniones  
á ser el bailarín más consumado,  
iré á tomar lecciones  
de *pavana*, de *wals*, de cotillones,  
y pasaré otro añito, mal contado...  
¿Por qué te pones seria? ¿Qué es *camelo*?  
¿Qué ha de ser? Como Dios no se haga el sordo  
á mis ruegos fervientes y á mi anhelo;  
como llegue á tocarme el premio gordo...  
¡por mi *salú* que no me ves el pelo!...

\*  
\* \*

Hay un verdadero arsenal de frases deliciosas, un extenso campo de observación en este sueño dorado de los españoles, del premio gordo de Navidad.

Hasta las personas de suyo mansas y pacíficas, se salen de sus casillas en cuanto les hablan del asunto.

—¿Qué número lleva usted, D. Timoteo?

—¡Calle usted, por Dios, que estoy *la mar* de azarado! Pues no va el jefe de mi sección y compra el 44.311...

—¿Y qué? ¡Pues sí es un número precioso!

—¿Precioso... y suma *trece*?... Y además se compró el martes en la calle del Arenal y cuando Silvela volvía de Palacio... Ya ve usted, ¿qué canastos va á tocar así?

—¿Y usted cuánto juega?

—Nada... Así, nada; en redondo. Vino el otro día mi cuñado y se empeñó en que había de llevar en su décimo un duro. Le pregunto qué número lleva, y el majadero va y me lo dice. Ayer llega el comandante Martínez con lo mismo, con que jugara un duro en otro décimo que llevan en el café: le pregunto qué número es, y va el imbécil y me lo dice...

—Pero, hombre, ¿y qué tiene eso de particular?

—¿De modo que usted es uno de tantos?... Pero ¿cómo va á tocar ni un céntimo sabiendo el número que se lleva?

—Hombre... Puede dar esa *chiripa*.

—¡Qué ha de dar, hombre, qué ha de dar! Se necesita no tener sentido común... Y luego quería usted que le dieran un ascenso. Valiente...

EL BACHILLER

CANTA-CLARO.

## LOS ALFILETEROS

(DIÁLOGO)

—Dígame usted, doña Rita, ¿ha llegado usted á saber por qué los alfileteros se llaman así, cuando es su misión en este mundo guardar agujas en vez de alfileres?

—Doña Petra, yo así me explico el por qué: Llamando á esos canutillos con propiedad, tiene usted que en lugar de alfileteros son agujeros.

—¿Y qué?

—Nada, que si se llamaran así, no estaría bien ir á la tienda de Pedro,



LORCA: Calle de la Parrica y el casino.

Inst. de R. S.



BARCELONA: La gran cascada del Parque.

Inst. de L. Calderón.

d« Ramón, ó de Miguel  
á comprar uno y decirle  
al dueño: —«Enseñeme usted  
los agujeros que tenga,  
porque quisiera escojer.»  
¿A usted le parece que eso  
sería decente? Pues  
para evitarlo, sin duda,

no se dá á los chismes de  
guardar agujas el nombre  
que deberían tener.

—¡Pues es verdad!

—Yo me alegro

de haberme explicado bien.

—Doña Rita, muchas gracias.

—Doña Petra, no hay de qué.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## MINIATURA

Al contemplar hoy, loco de contento,  
los altos muros de granito y piedra  
que circundan y guardan su convento,  
gemía el aire con tan triste acento,  
que al querer desatarse entre la hiedra  
se desató lo mismo que un lamento.

Y del fondo del muro más cercano,  
broto en aquel instante una plegaria,  
que el céfiro llevarse quiso ufano,  
porque era aquel lamento, fiel hermano  
del amor que en la hiedra solitaria  
murio sombrío en misterioso arcano.

Entonces recordé á la fementida  
en su esplendor perdido y en su gloria,  
con el alma deshecha y dolorida;  
pero al abrirse la olvidada herida,  
me ví también en su malvada historia...  
¡y recé por la pobre arrepentida!

ANTONIO SOLER

## LOS DOS AMORES

(CUENTO RELÁMPAGO)

El que Antonio amase con delirio á la hermosa Elena, fué la única causa que indujo á Luis á tener tanto tiempo oculto en su corazón el ardiente amor que aquella morena de rasgados ojos y angelical semblante le había inspirado.

Amaba en silencio, y nunca reveló á su amigo Antonio aquel amor que le embargaba el alma y le hacía padecer los mayores tormentos.

Esto no podía durar mucho tiempo, y una mañana, no pudiendo resistir más, tomó la pluma y con mano vacilante escribió á Elena, dándole cuenta del estado de su corazón y comunicándole su decidido propósito de hacerse sacerdote, pues ya que la felicidad terrenal no podía lograrla, quería conseguir un amor que no tenía comparación con ningún otro; el amor divino.

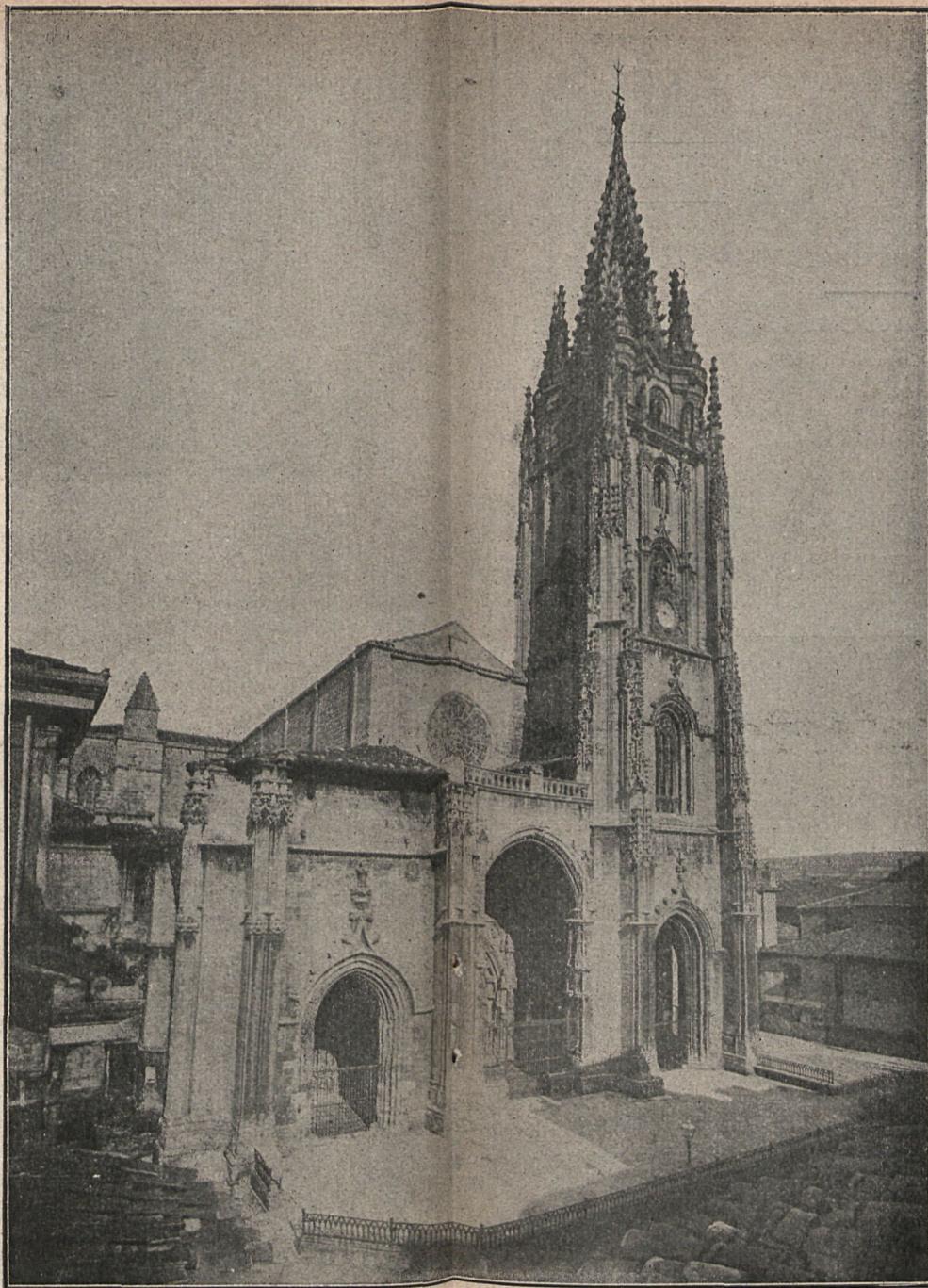
Consagraría su vida á Dios, y su alma olvidaría las desdichas de la tierra.

Las campanas del templo repicaban alegremente; larga hilera de carruajes esperaba ante la casa de Dios; distinguida concurrencia llenaba las naves de la iglesia.

Elena y Antonio aguardaban con ansiedad, al pie del altar, la bendición sacerdotal que había de unirles para siempre.

La emoción que sentía Elena, hacía resaltar la hermosura de su rostro, y su blanco traje la asemejaba á una virgen, arrancada de un cuadro de Murillo.

A la mente del sacerdote acudían recuerdos del pasado; su voz temblaba; frío sudor bañaba su frente; titánica lucha sostenía en su pecho; era la lucha de *los dos amores*. El que profesó á una mujer en la tierra, y el que profesaba á su Dios en el cielo. Como hombre, luchaba por el amor terrenal; como sacerdote, se rendía al amor divino.



ASTURIAS: Catedral Basilica de San Salvador.

Fototipia de O. Bellmunt. (Gijón)

Llegó el momento supremo; sus manos echaron la bendición; su rostro se contrajo, y exhalando un grito, cayó al suelo desplomado...

Sus manos apretaban contra su seno un crucifijo, y de sus labios se escapaban estas palabras: «¡Dios mío, perdonadme! ¡Consumé el sacrificio! ¡Era superior á mis fuerzas!... ¡Acoged en vuestro seno el alma de este desgraciado que murió amándoos!».

Pocos momentos después el pobre sacerdote entregaba su alma á Dios, mientras un coche, arrastrado por briosos caballos, se dirigía al galope á la estación del ferrocarril.

En el coche iban los recién casados: Elena y Antonio.

En un pobre lecho moría con santa resignación un sacerdote: Era Luis.

M. DE ZÁRRAGA

Correspondencia fotográfica.

*F. M.*—Ronda.—Muy bien hechas; lástima estén mal cortadas. Se publicarán. Celebramos que sea usted de los aficionados de gusto artístico que hacen asuntos.

*A.*—Villena.—Única publicable por carecer de interés general las demás.

*J. S. B.*—Muy bien sacadas, ruégole procure siempre tengan público, como la de Ayerbe. Continúe mandando si puede provincia Huesca.

*F. M.*—Lisboa.—Está bien y con mucho foco.

*J. de M.*—Alcoy.—Están bien y se publicarán. Haga tipos y asuntos del país mejor que vistas.

*A. M.*—Burgos.—Se publicarán; son pequeñas.

*W. G.*—Son muy pequeñas; no otros necesitamos, 9 por 12; haremos lo posible por complacerle en dos.

*M. L.*—Lisboa.—Todos sus trabajos son inmejorables y revelan su mucha ilustración y buen gusto. Mil gracias, y agradece-mos mucho todo.

# CUENTOS

Á

POR

J. Alcaide de Zafra.

# MICHÓL

## CUENTO IX

### EL ARCO IRIS

Ella, la feliz Marieta, la que sólo adoraba en su Fernando, la que sólo contaba como horas de vida las pasadas á su lado, estaba triste, muy triste, tanto como aquel cielo gris que se veía al través de los humedecidos cristales de su ventana. ¡Y qué injusto era su amante! Por un beso, por negarle un beso, la dejaba sola, abandonada, sin dirigirle siquiera una frase de cariño en aquel día tan nebuloso, tan lleno de melancolía, en que hasta la lluvia surcaba los espacios silenciosa, calladamente, como lágrimas que se escapan arrancadas por interno dolor, y arrasando los ojos resbalan por las mejillas sin que los delaten á ningún oído la explosión de convulsivo llanto.

Y en un día así, no la miraba, volvíale la espalda, prefería leer un libro, quizás amoroso, y quizás su corazón latiese en aquel instante por una encantadora Ofelia.

Y á pesar de sus nostálgicos pensamientos, el valle que se veía á través de los vidrios aparecía risueño, luciendo alegres colores, como si se burlase de sus tristezas y de las del cielo. Porque el mes de Abril es un niño, un niño que siempre está contento; y su hermana, la jovenzuela Flora, había volcado ya en el verde delantal de su madre la Primavera, su dorada canastilla, exuberante de policromas corolas; y aquel va-



lle tan grisoso y funerario en el invierno, semejava entonces vistoso chal deslumbrador á fuerza de colores, como los que cubren los mármóleos hombros y turgentes senos de las pálidas circasianas que sonríen al Schad de la lejana Persia.

¡Pero qué argentado y clarísimo se iba poniendo el cielo! Los relones de nubes grises replegábanse hacia el horizonte, como si tirasen de ellos por medio de invisibles cuerdas, los maquinistas del gran escenario del firmamento. Y en su lugar aparecían otros, otros nuevos, vaporosos como traslúcidas gasas, semejantes á las que envuelven los ruborosos rostros de las desposadas, ó cubren los blancos trajes de las vírgenes que por vez primera van en busca del Cristo-Hostia, al pie del comulgatorio.

Y á través de ellas se adivinaba, más bien que se veía, un inmenso mar de lápiz-lá-zuli, un cielo hermosísimo, como el que luce en las claras noches de luna sobre los exuberantes y salvajemente exóticos campos de la India. Y para complemento de esta decoración hermosa, lucía majestuoso, artísticamente bello, radiante de diafinidad, deslumbrante de luz, un esbeltísimo arco, el arco que encarna todos los colores, el eco simbólico de la calma, de la tranquilidad; el mensajero, en fin, anunciador de la



paz en los estados celestes. Sí, de la paz, que no reinaba en su alma, de la que tanto anhelaba, de la paz de su corazón, que sólo le traería una sonrisa de su Fernando amado.

¿Y por qué no gozaba de tanta dicha? Por negarle un beso.. ¡Dios Santo, qué martirio! Pero su amado era bueno, y si no, probémosle. Y al pensar así la dulce Marieta, la niña de los ojos negros y brillantes como la hulla que esconden las montañas en sus vientres ahitos de acarbonados helechos; la do las mejillas rojas, como las amapolas cuando las besa Abril; la de los húmedos labios que parecen demandar besos, se acercó á su Fernando, y cogiéndole de la mano, silenciosa, callada, como la lluvia que poco antes caía, le impulsó hacia la puerta de la estancia que daba al valle, y se alejaron por él, hollando las rientes florecillas que asomaban picarescas por entre la esmeraldina grama sus multicolores cabecitas, en las que las lágrimas de las nubes semejaban estar engarzadas como temblorosas puntas de diamantes. Y el arco de la paz brillaba en los reinos del Señor, ostentando sus cintas de rubíes, esmeraldas, turquesas, zafiros y topacios. Y parecía decirles: venid, venid hacia mí, gentiles sí. oditos del pequeño Cupido: pasad, pasad por bajo de mi medio círculo, y sea yo el triunfal arco conmemorativo de la victoria de vuestro amor, como otros lo fueron de las de los Césares de la ciudad del Tíber... Y Marieta, la ya feliz Marieta, miraba aquellas cintas deslumbradoras, mientras el amante, rodeándole el talle con su brazo, murmuraba á su oído:—Siete, son siete sus colores radiantes.

Siete como las notas del pentágrama, esos misteriosos signos con que no soñara Orfeo, que, combinados por el genio, conmueven y deleitan nuestro espíritu.

Siete como los días de la semana, esos niños que caminan siempre uno tras otro, formando con su metódico andar los meses, los años, los lustros y los siglos.

Siete como las espigas y las vacas con que soñó el Rey faraónico, y que no acertaron á interpretar los sabios egipcios. pero sí el pudoroso y bello Josef.

Siete como las Partidas del décimo Alfonso, admirable libro lleno de sapientísimas máximas, que le valieron el sobrenombre de Sabio.

Siete como los grandes mares que recortan la tierra, semejando inmensos y móviles tapices de esmeralda.

Siete como las teologales virtudes.

Siete como los pecados mortales, esas miserias humanas, que nos condenan á perpetuo fuego en los rojizos antros donde imperan Plutón y Proserpina.

Siete como los Sacramentos que nos purifican y brindan con eternos gozos en las ideales mansiones en que habitan los justos, los arcángeles y querubines, los serafines y los santos.

Siete como los sabios de la culta Grecia, ático: al hablar y al escribir, que enaltecan con su ciencia la fama del pueblo heleno.

Siete como los años que el patriarca Jacob sirvió á su suegro á cambio de obtener la hermosa Raquel, y siete como los que trabajó por la encantadora Lía.

Siete como los círculos de los cielos, con que sueñan los musulmicos creyentes, sedientos de mirarse en los verdes ojos de las subyugadoras nuríes.

Siete como las últimas palabras que pronunciara en la cruz el Divinc Maestro.

☞ Siete como los infantes de Lara, cuyas cercenadas cabezas mostráronle á su padre en repujada y deslumbrante bandeja.

☞ Siete como las diamantinas estrellas que en los celestes espacios forman esa extraña y poética constelación que llamamos *el carro*.

Siete como las cabezas de la bestia apocalíptica de piel de leopardo y boca de león, que surgió del vidrioso mar de fuego.

Siete como los ángeles que la vencieron, y derramaron después sobre la tierra las doradas copas que contenían la ira de Jehová.

Siete como las partes del salterio del Rey David, celestial escrito que le sugiriera el Santo Espíritu.

☞ Siete como los brazos del bíblico candelabro, que, por orden del Señor, colocó Moisés ante el Tabernáculo; esa divina Arca guardadora de las tablas del Decálogo, que, según el Dios de Israel, habían de iluminar aquellas siete serpientes de oro con sus flamíferas y ondulantes lenguas.

Siete como los bandoleros de la antigua Astigis, que sembraban el terror por los alegres campos andaluces, y sólo sonreían satisfechos cuando miraban rojizas de sangre sus manos, cual si tuvieran puestos los pontificios guantes que usan los sucesos-

res de Pedro, ó cual si las hubiesen sumergido en los sanguinolentos arreboles de una caliginosa tarde de verano.

Siete como los dones del Espíritu Santo, esa tierna paloma blanca que iluminó á los rudos discípulos del dulcísimo Cristo.

Siete como las divisiones que hace San Juan en su maravilloso y amenazador libro del Apocalipsis.

Siete como los desgarradores puñales que atravesaron el pecho de la hija de Ana y Joaquín, simbólicos emblemas de los inmensos dolores que pasó por su hijo; aquel niño seráfico que sonrió al nacer á los viejos y magos monarcas del Oriente.

Siete, en fin, querida Marieta, como son las letras que forman tu adorado nombre... Y si no, cuéntalas... Y la niña de los ojos como el carbón fué á contarlas, mas no llegó á la segunda; un beso, un beso prolongado, asfixiante, ardoroso, abrasóle los labios... Y entonces... entonces, según cuentan, ocurrió un fenómeno rarísimo, nunca visto, así como de cuento de hadas, y fué que, ruborizado el arco símbolo de la paz en los celestes espacios, se esfumó como por encanto en el cielo, y refugióse, no en la tierra, sino en el angelical rostro de Marieta, que apareció teñido con todos los colores del Iris...

Mas si el arco cambió de lugar, no consiguió cambiar de medio, pues huyendo de un cielo cayó en otro... Porque, Michol, creelo ¡yo te lo juro! El rostro de Marieta ¡era un cielo!



## POR TIERRAS LUSITANAS

La lluvia de estrellas que tanto ha preocupado á las gentes, se convirtió para los habitantes de Lisboa en realidad, puesto que ha caído sobre nosotros una verdadera lluvia de estrellas... del arte. Primero nos visitó la encantadora Sarah Bernhardt; en seguida la Granier, la más elegante y salerosa actriz francesa, y españolas, entre las que han descollado las dirigidas por M. A. Tubau y María Guerrero, verdaderas eminencias que honran al arte dramático español.

después la Hading, dotada de una belleza sin par. Es un hecho la llegada de la Réjane, pero creemos que cuando venga ya tendrá agotadas todas las frases encomiásticas la crítica portuguesa...

Las tres primeras notabilidades de que hablamos se presentarán en el Teatro Doña Amelia, con grande éxito y no menor concurrencia. En ese mismo local oímos también á la eminente trágica italiana Leonora Duse, á sus eminentes compatriotas Novelli, Emmanuel y Antoine, director del Teatro Libre, de Francia, y á muchas compañías españolas, entre las que han descollado las dirigidas por M. A. Tubau y María Guerrero, verdaderas eminencias que honran al arte dramático español.

No es por eso demasiada la simpatía del público por la empresa de dicho teatro, que tiene como director al vizconde de S. Luis de Braga, ó, como suelen llamarle sus contratados, *monsieur de Braga*.

Sarah, entre otras obras de repertorio, nos ha dado á conocer su *nouvelle création Hamlet*.

El legendario príncipe de Dinamarca puede haber sido lo que Sarah nos ha presentado; pero la verdad es que, al público lisbonense, le gusta más un *Hamlet*—¿cómo decir?—más varonil, como el que hace Brazao, uno de los más renombrados actores portugueses.

\*  
\* \*

Se han verificado las elecciones de diputados, y el pueblo, que es el más interesado en esas luchas, pues se trata de nombrar abogados para sus intereses (¿ó de los elegidos?), se ha mostrado, como de costumbre, indiferente; y como todas veces, ha sucedido que el Gobierno ha triunfado por gran mayoría de votos. Lo cual quiere decir que sucedería lo mismo al día siguiente, si fuera visible hacer nueva elección con otro cualquiera de los partidos políticos...

\*  
\* \*

Una nota triste, para cerrar:

En el cementerio del Alto de San Juan se ha realizado una imponente manifestación en honor de Cámara Pestana, el eminente bacteriólogo portugués que murió víctima de la peste bubónica, suceso del que ya supongo enterados á los lectores de INSTANTÁNEAS, por haberse ocupado de él la prensa diaria española.

El acto fué imponente y digno de aquel mártir de la ciencia, que sucumbió, víctima de su deber y por amor al estudio y á la humanidad.

CARLOS MENDES (SIPHAX)

# TEATRO DE LA ZARZUELA

## El traje de luces.

Sainete lírico de costumbres andaluzas, letra de los Sres. Quintero hermanos, música de los maestros Caballero y Hermoso.

CUADRO TERCERO—DÚO DEL «MOSCÓN»

Rocío—*Srta. Lázaro* — CÚCHARES. — *Sr. Romea.*

CÚCH. — Míralo, míralo.  
Rocío. — Mírelo usté.  
CÚCH. — Con mi pañuelo lo mataré.  
Rocío. — Vamos despasio, vamos tras é.  
CÚCH. — Por ayí va ahora.  
Rocío. — Y ahora por ayí.  
CÚCH. — Déjame á mí solo.  
Rocío. — Déjeme usté á mí.  
CÚCH. — ¡Asaura!  
Rocío. — ¡Condenao!  
CÚCH. — ¡Mala sangre!  
Rocío. — ¡Picarón!  
CÚCH. — Se me escapa.  
Rocío. — Se me pierde.  
CÚCH. — ¡Qué granuja!  
Rocío. — ¡Qué bribón!  
CÚCH. — Míralo, míralo.  
Rocío. — Mírelo usté.  
CÚCH. — ¡Várgame el sielo, qué negro é!  
Rocío. — Deja, niña, que se quede pegadito á la paré, que si no va á sé difísi rematarlo de una ve.  
Rocío. — Va usté á vé er sopapo que le ví á sortá.  
CÚCH. — Vas á vé tú er lapo que le ví á atisá.  
Rocío. — ¿Dónde se ha metío?  
Rocío. — Vaya usté á buscá.  
CÚCH. — ¡Virgen del Rosío!  
Rocío. — Se nos va á escapá.  
CÚCH. — ¡Demonio, que no se ve!  
Rocío. — ¡Por vía de Bersebú!  
CÚCH. — La curpa la tiene usté.  
Rocío. — La curpa la tienes tú.  
Rocío. — ¡Ay! ¡Ayí está!  
CÚCH. — ¿Dónde?  
Rocío. — Ayí.  
CÚCH. — Déjame solo, que ahora es pa mí.  
Rocío. — Tú, atrás.  
Rocío. — Chitón.

CÚCH. — Verás.  
Rocío. — ¡Guasón!  
CÚCH. — Se nos fué, se nos fué, se nos fué.  
Rocío. — ¡Qué doló!  
CÚCH. — ¡Míralo!  
Rocío. — En mis naguas está.  
CÚCH. — Cógelo, cávalo, pívalo.  
Rocío. — ¡Ay, por Dios! Er mardito nos hace sudá.  
CÚCH. — En la carva lo tiene ahora usté.  
Rocío. — Mátalo.  
CÚCH. — ¡Ay, Jesús! Que me ha dao en la nari.  
CÚCH. — Cáyate, quítate, déjame, vas á vé.  
Rocío. — Por mi pelo lo siento subí.  
CÚCH. — Ya está en tu moño.  
Rocío. — Ya está en su cara.  
CÚCH. — Vaya un ratito.  
Rocío. — Vaya una gracia.  
CÚCH. — Místelo aquí.  
CÚCH. — ¡Mátalo ah!  
Rocío. — ¡Ya se nos fué!  
Los DOS — ¡Sambrón! ¡aratoso!  
CÚCH. — ¡granuja! ¡mal ange!  
Rocío. — ¡Te engañas, si piensas que vas á librarte!  
CÚCH. — ¡Con er latigaso que te ví á dá, tu mala partía me vas á pagá!  
CÚCH. — ¡Lo cogí! ¡sás!  
Rocío. — ¡Lo cogió! ¡sís!  
CÚCH. — ¡Ya está aquí! ¡sás!  
Rocío. — ¡Ya cayó! ¡sís!  
Los DOS. — ¡Sís! ¡sás!  
CÚCH. — ¡Sís! ¡sás!  
CÚCH. — ¡Ya meró!  
Rocío. — ¡Muerto está!  
Los DOS. — ¡El peligro pasó!



Cuadro segundo.—José María se despide de Rocío y de la señá Pastora.